

## FOTOGRAFÍA. RETRATO DE EMILIO CASTELAR

Los primeros retratos en fotografía fueron los daguerrotipos, en el primer tercio del siglo XIX, eran piezas únicas, en metal y sólo accesibles a una minoría social pero en 1854 aparecieron las denominadas *cartes-de-visite* (tarjetas de visita) que permitían tomar seis u ocho fotografías en una placa por lo que se abarataba el retrato y se facilitaba su divulgación. En la segunda mitad del XIX tuvo lugar una era dorada del retrato fotográfico, se abrió a una clientela más amplia –burguesa principalmente– debido a la aparición de nuevos métodos de positivado como el del papel a la albúmina o las copias a la gelatina de revelado químico –caso de la fotografía que nos ocupa–.

Los estudios fotográficos más antiguos se establecieron en torno a 1840 (Alexander S. Wolcott y John Johnson en Broadway, Phillipe Fortuné Durand en Lyon, etc.) y hacia 1860 estaban generalizados en las principales capitales del mundo. Estos estudios o gabinetes fotográficos se instalaban, habitualmente, en las partes altas de los edificios o en espacios en los que se abrían amplios ventanales para permitir la entrada de luz suficiente para las tomas. En aquellas salas era necesaria ambientación para la imagen, al principio se usaban simples sábanas, luego telones pintados, algún mueble –sillas, columnas, etc.–, con los que se recreaban escenografías que servían de fondo a los retratados, ya fuesen paisajes, jardines o interiores de casas burguesas o nobles. El retrato fotográfico, suponía el reconocimiento de la imagen de uno mismo en un momento concreto y a su vez ofrecía la

posibilidad de variar ligeramente aquella imagen proyectando otra diferente gracias a los aderezos que se añadían para la instantánea.

Por otro lado, la relación que se establecía entre el fotógrafo y el retratado era especial, el impacto que provocaba estar en un lugar ajeno, el olor de los productos químicos y el hecho de tener que permanecer inmóvil durante un cierto tiempo –era usual buscar apoyos para aliviar la incomodidad de las poses– provocaban sensaciones singulares en el retratado. Además, las cámaras usadas eran artilugios de considerables dimensiones, fabricados en madera, cuero y metal, con fuelle, trípode, etc., un tanto impactantes como maquinaria en los inicios.

En Galicia, la presencia de la fotografía puede datarse hacia 1843 con los daguerrotipos de Enrique Luard Falconier, los primeros estudios podrían haberse creado hacia 1860 (Cisneros en Santiago de Compostela, por ejemplo) y en la década de 1870 estaban instalados en las principales ciudades gallegas.

El autor de este retrato de Emilio Castelar y Ripoll (1832–1899) fue el fotógrafo catalán Agustín Capmany i Serra (1846–1914) que tenía su laboratorio en Barcelona –calle Fernando VII, Nº 36 (entrada por el *Pasaje del Crédito*, nº2)– y, según *La Vanguardia*, abrió su taller el 20 de septiembre de 1884 por lo que esta fotografía de Castelar podría ser de aquellos años –no anterior a esa fecha– lo cual sería bastante consecuente con la edad del retratado. Así mismo, Capmany contó con otra sucursal en Mataró –calle San Antonio, nº 32–, y tras su fallecimiento (1 de octubre de 1914) el negocio fue continuado por su viuda, Joaquina Palau Ferrer,

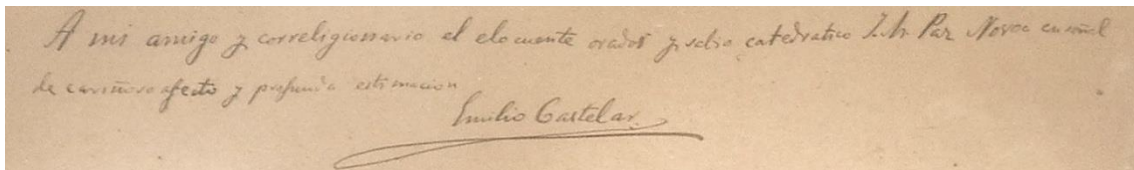
hasta 1923. Podemos afirmar que Capmany no estaba entre los fotógrafos más afamados de la Barcelona de aquella época, en la que trabajaban retratistas que alcanzaron tanto renombre como los Napoleón (Fernando y Anaïs), Joan Martí o Pau Audouard, entre otros. Aun así, la investigadora Conxi Duro (2016) supone que debió gozar de cierto prestigio en su época ya que Capmany recibió algún encargo significativo como el de retratar al Cardenal Casañas en el momento en el que éste iba a ser nombrado obispo de Barcelona –1901–, y además anunciaba en prensa su estudio fotográfico, como empresario entendía bien los beneficios de una publicidad eficaz.

Esta imagen del museo es un positivado monocromo sobre papel –una ampliación, sin contacto con el negativo–, es difícil identificar con exactitud la técnica utilizada pero probablemente se trate de gelatinobromuro de plata –también llamado copia a la gelatina de revelado químico–, técnica introducida en la década de 1870, por otro lado, el papel de revelado químico apareció hacia 1880 y se convirtió en el soporte fotográfico más usado, este soporte tenía tres capas: papel, una capa de barita (ocultaba la fibra del papel y daba a la imagen luminosidad y contraste), y una emulsión de gelatina con bromuro de plata.

Desconocemos con exactitud el tipo de negativo usado pero podría haber sido una placa de vidrio con gelatinobromuro, negativo que empezó a utilizarse alrededor de 1875. En cualquier caso, el revelado fotográfico de este tipo era más rápido que anteriormente y podían hacerse copias y ampliaciones a partir de un mismo negativo. Otros tipos de emulsión de gelatina fueron el cloruro de plata o el clorobromuro de plata, aunque con menor uso.

En esta fotografía, Emilio Castelar –con algo más de cincuenta años– es retratado de medio cuerpo sobre un fondo neutro, con frente despejada y poblado bigote –tan propio de aquella época–, y con traje oscuro sobre camisa blanca, formalmente no se aparta mucho del arquetipo de retrato pictórico.

Es necesario preguntarse por la razón de la presencia de este retrato en las colecciones del museo y la encontramos en la dedicatoria manuscrita y firmada por el tribuno al pie de la imagen:

Un fragmento de un manuscrito escrito a mano en tinta sobre un papel de color crema. El texto está escrito en una caligrafía cursiva y se divide en dos líneas principales. La primera línea dice: 'A mi amigo y correligionario el elocuente orador y sabio J.M. Paz Novoa en señal de cariñoso afecto y profunda estimación'. La segunda línea, que comienza con un signo de exclamación, dice: 'Emilio Castelar.' y termina con una línea decorativa que subraya el nombre.

*A mi amigo y correligionario el elocuente orador y sabio J.M.  
Paz Novoa en señal de cariñoso afecto y profunda estimación.*

Efectivamente, Castelar era amigo del jurista orensano Juan Manuel Paz Novoa (1839–1895), abogado y profesor del Centro Provincial de Instrucción, al que probablemente conoció en la Universidad Central de Madrid, en la que el primero cursó el doctorado en 1861 y donde Castelar ejercía como profesor de Historia crítica y filosófica de España. Aquella relación amistosa, además de perdurar en el tiempo, tuvo una vertiente política ya que Juan Manuel Paz fue la cabeza del republicanismo castelariano en Galicia y propició una visita de Castelar a Ourense en el

año 1885, visita en la que el político se alojó en el domicilio de Paz Novoa –en la rúa Progreso– por lo que esta fotografía fue, sin duda, un regalo que hizo a su amigo por aquellos años y cuya datación, en consecuencia, puede establecerse entre 1880 y 1890 aproximadamente. Aquella visita a la ciudad de las Burgas tuvo un claro contenido político ya que Castelar pretendía fortalecer el partido republicano ourensano y a la vez infundir ánimo a sus correligionarios. Este proceso culminó con la celebración de una cena homenaje en la fonda Cuanda, cena en la que hablaron líderes locales como Novoa, Ildefonso Meruéndano, etc, y en cuyo transcurso el político pronunció uno de sus aclamados discursos. Además, como era habitual en él, aprovechó el tiempo para asistir a diferentes actividades culturales entre las que inevitablemente estuvo la visita a la catedral.

La fotografía, formando parte de un lote de objetos pertenecientes originariamente al profesor orensano, fue donada al museo en el año 2015.

**DURO, C.** (2016) “Els inicis de la fotografia a Mataró”, *Fulls del Museu Arxiu Santa Maria*, Mataró.

**LAVEDRINE, B., GANDOLFO, J. P., MONOD, S.** (2007) *Reconnaître et conserver les photographies anciennes*, Comité des travaux historiques et scientifiques, París.